

A su pesar, del peligro
La salvo.

Duque.— ¡Oh infierno! ¡Guardias!
Her.— Adiós, duque Othón.
(Se van por el foro derecho.)

ESCENA VIII.

EL DUQUE, JORGE

(Después de un instante aparecen los guardias á la reja del parque, y se van en seguimiento de Hermán.)

Duque.— ¡Malditos!
¿Estais scrdos? ¡Ah! se escapan.
(Salen los guardias)
Corred, y muertos ó vivos
Vengan aquí: pronto, pronto.
Que Hermán toma ya el estribo.
(Se van los guardias.)
¡Jorge, Jorge! Mi caballo:
¡Sigamos á los bandidos!



ACTO TERCERO.

LA REVELACION.

La misma decoración del acto primero.

ESCENA I.

EL DUQUE, JORGE.

Duque.— Si tardamos un instante,
Los fugitivos se escapan.
¡Vive el cielo! no creía
Que tal valor se encontrara
En ese obscuro guerrero:
¡Qué serenidad, qué audacia!
¿Y quién es el otro joven
Que al cruzado acompañaba?
Jorge.— Un hermano menor suyo,

Según parece: ¡por mi alma!
 Que los dos son muy valientes,
 Y por poco nos despachan!
 Duque.—Es fuerza hacerles justicia:
 Manejan muy bien las armas;
 Y burlado nos hubieran,
 Si mis guardias no llegaran.
 Jorge.—Y si no es por vuestra esposa,
 La victoria nos costara
 Mucha sangre; pero viendo
 Que la duquesa se hallaba
 En peligro, el mayor dijo:
 “Gustavo, deja la espada:
 La resistencia es inútil,
 No lograremos salvarla;
 Ríndámonos, quizá el duque
 Escuchará mis palabras.”
 Entonces llegasteis vos.
 Duque.—Y me rindieron las armas:
 Quizá esperan que sus ruegos
 Desarmarán mi venganza;
 ¡Ah! si tal esperan, Jorge,
 Vive el cielo que se engañan!
 El duque Othón sabrá pronto
 Lavar con sangre las manchas
 De su honor. ¿Y qué dijera
 La nobleza de Alemania
 Si esta osadía insolente
 Yo sin castigo dejara?
 No; morirán los traidores,
 Pagarán cara su audacia;
 Pero antes verlos deseo
 En mi presencia, á mis plantas

Arrastrarse, y confundirlos
 Con mis severas miradas.
 Ve pronto, Jorge, y los presos
 Conduce luego á esta sala.
 (Se va Jorge.)
 Hola... venga aquí Sofía.
 (Llamando á la puerta izquierda.)
 Temblar la veré á mis plantas.

ESCENA II.

EL DUQUE

¿Y es esta la mujer? vaso precioso
 De vil ponzoña, de amargura lleno:
 Risa sus labios, falsedad su seno,
 De bien y mal conjunto misterioso.
 ¡Oh! quién pensar pudiera que Sofía,
 Con aquel aire tan ingenuo y puro,
 Así ocultase un corazón perjuro,
 Que virtud y modestia así mentía!
 ¡Maldito el hombre que su honor entrega
 A una débil mujer! ¡Oh! sí, maldito!
 Un baldón en la frente lleva escrito,
 Y la hora al fin del desengaño llega.
 Y yo la amaba, ¡pérfida! la amaba,
 Y en su amor puse la confianza mía.
 ¡Ah! me faltó la infiel! ¡tiémbla, Sofía!
 ¡Muera la esposa que mi honor manchaba!

ESCENA III

EL DUQUE, SOFIA.

Sofia.—¿Qué me queréis? ¿Llegó ya
De mi suplicio el momento?
Libradme de mi tormento,
La víctima pronta está.

Duque.—Infiel esposa, ¿tu frente
No se cubre de rubor?

Sofia.—Nunca se cubre, señor,
De rubor el inocente.

Duque.—¡Inocente! ¿tú, Sofia,
Cuando os encuentro á los dos
En una cita? Por Dios,
Tal audacia no creía!
¡Inocente, y de otro dueño
En los brazos te entregabas
Cuando á tu esposo juzgabas
Hundido en profundo sueño!
¿Cuándo con Hermán reías
De mi necia estupidez!
¿Cuándo mi nombre tal vez,
Y tu suerte maldecías!
¿Y por qué? ¿qué te hice yo
Para aborrecerme así?
Riqueza y nombre te dí,
¿Ya lo has olvidado?

Sofia.— (Con firmeza.)

No.

Duque.—¿Recuerdas que en orfandad
Hubieras siempre gemido;
Que sin mí hubieras vivido
En profunda obscuridad;
Que yo me compadecí
De aquel tu penar doliente,
Y lleno de amor, tu frente
Con mi diadema ceñí?
¿Y cuál es el galardón
Que tú me has dado, Sofia?
Una mancha en la honra mía,
Sobre mi timbre un borrón!
¡Ah! si no la gratitud,
Falsa y traidora mujer,
Te debieran contener
El deber y la virtud;
Mas todo lo has olvidado;
Cubres de oprobio tu nombre,
¿Por qué? por seguir á un hombre,
A un vil y obscuro soldado.

Sofia.—Basta, duque, basta ya,
Que no alcanza el sufrimiento;
Dadme la muerte al momento,
Dios después nos juzgará;
Pero repito, señor,
Que no he sido delincuente,
Y que puedo alzar mi frente
Sin cubrinme de rubor.
Fuí á una cita; ¿pero vos
No sabéis á lo que fuí?
A decir á Hermán: De aquí
Huye: para siempre adiós!

Duque.—¿Cuánto heroísmo!

Sofía.— Bien sé
 Que crédito no me dais:
 De mi virtud os burlais.

Duque.— (Con ironía.)
 ¿Burlarme de ella? ¿por qué?
 Digo que estoy convencido
 De vuestra lealtad, señora,
 Y lo vais á ver ahora:
 Injusto con vos he sido;
 Mas un momento de error,
 ¿Quién no lo tiene, Sofía?
 Ya vereis en este día
 Cómo pago tanto amor:
 Porque no es posible ya
 Dudar de que me amáis, no;
 ¿Quién más dichoso que yo!
 Tu esposo te pagará
 Ese cariño.

Sofía.— Señor,
 Basta; dejad la ironía:
 Sé cuál es la suerte mía;
 La sufriré con valor.
 ¿Creeis que temerá morir
 Quien ha llamado á la muerte
 Tres años, porque su suerte
 Era llorar y sufrir?
 Sí, duque, la vida mía
 Era un eterno tormento.
 Y anhelaba este momento
 Como el fin de mi agonía.
 Y puesto que cerca estoy
 De tocar la eternidad,
 Oye, duque, la verdad,
 Oye, á decírtela voy.

En dichosa quietud, en dulce calma,
 Bajo del techo paternal vivía:
 Un dulce porvenir me sonreía,
 Un porvenir de dichas y de amor.
 Ese guerrero que llamais obscuro,
 Y hoy teneis en prisiones alherrojado,
 Era un mancebo foble y esforzado,
 Idolo de mi ardiente corazón.
 Le amé, señor, le amé desde la infancia,
 Fué de mi juventud el dulce ensueño,
 Y juré hacerle de mi mano dueño,
 Como era dueño de mi pura fe.
 Mas para ser más digno de mi afecto,
 Fué á Palestina en busca de la gloria,
 En su pecho llevando y su memoria,
 La imagen ¡ay! de su adorado bien.
 Vos entretanto por desgracia mía
 Me mirasteis, ¡momento malhadado!
 Y de pasión fatal arrebatado,
 A mi padre dijisteis vuestro amor.
 Y el pobre anciano, próximo á la tumba,
 Y temiendo que Hermán no volvería,
 Vuestro amor escuchó con alegría:
 ¡Ay! tu cariño ¡oh padre! te cegó.
 Mil veces me propuso vuestro enlace,
 Y mil veces le dijo el labio mío
 Que no era dueña yo de mi albedrío;
 Que era mi corazón sólo de Hermán.
 Él insistió, yo resistí, y un día.....
 ¿Os acordais? su vida se apagaba,
 Y ante mis pies, llorando se arrastraba...
 Y... yo juré cumplir su voluntad.
 Sí, lo juré; mas desde aquel instante
 No supe más de mí; yo fui arrastrada

Y ante mis pies, llorando se arrastraba...
Sin saber lo que el labio pronunció.
Duque.—¡Oh! ¿no lo recordais, noble se-
(ñora?)

Jurasteis ante Dios ser sólo mía.
Sofía.—A la luz de una fúnebre bujía,
Que alumbraba una estancia de dolor.
Sí, lo recuerdo como ensueño horrible;
Recuerdo que mi frente toqué luego,
Y una diadema me encontré de fuego
Que me quemaba la convulsa sien.
Y comprendí lo que jurado había,
Y blasfemé, ¡perdóname, Dios Santo!
Y fui al altar y le regué con llanto,
Y á vivir infeliz me resigné!
¡Ah! vos visteis mis lágrimas amargas,
Y me cubristeis de diamantes y oro:
“Al fin, dijisteis, calmará su lloro
El título pomposo que le doy.”
Te engañastes ¡oh duque! tus riquezas,
Las riquezas de un rey, ¿qué fueran?
(¡nada!

Para el alma que está despedazada,
Por el recuerdo de un perdido amor.
Un corazón mis joyas ocultaban
Por horribles tormentos carcomido:
Mi habitación magnífica, ¿qué ha sido?
Una prisión; mi lecho, un ataúd.
Y sin embargo ¡oh duque! yo lo juro,
Sofocar este amor he procurado;
¡Oh! no lo conseguí; mas no he faltado
Por un instante solo á la virtud.
Duque.—¡Calla, calla, mujer; ¿ya no re-
(cuerdas

Que yo estaba allí oculto, y te veía?
Que el cruzado tus manos oprimía.
Que en tu semblante el júbilo brilló?
¡Oh! yo sé bien que las mujeres usan
De mágicas palabras que adormecen:
Que inocentes y puras aparecen,
Cuando el crimen está en su corazón.
Mas no me engañarás, no; de tu amante
Verás rodar primero la cabeza:
Tú morirás después.

Sofía.— Y con firmeza
Arrostrar esa muerte me verás:
Porque soy inocente: porque sólo
En otra vida mi esperanza fundo:
Porque un mar de dolor es este mundo,
Y mi puerto hallaré en la eternidad.
Pero si alguna vez te fuí querida,
Escucha ¡oh duque! mi postrer acento,
Mi último ruego: evítame el tormento
De ver morir al infeliz Hermán:
Concédeme, señor, que yo primero
Baje á la tumba, y en aquel instante
Yo rogaré por ti, y en mi semblante
El perdón de tu crimen mirarás.
Duque.—¡Perdón! ¡perdón! señora, os
(agradezco
Tanta bondad; mas no la necesito:
Vereis morir á Hermán, os lo repito,
Y en vuestro acerbo tanto gozaré:
¡Tú no sabes, mujer, lo que sufría
Cuando en el parque oculto os contempla-
(ba!
Mi corazón la fiebre devoraba
Cuando las muestras de tu amor miré.

Sofía.—Señor, señor, ¿mi muerte no es
(bastante

A saciar vuestra furia?

Duque.— No, señora.

Sofía.—A vuestros pies una mujer que
(llora,

¿No hallará ni este rasgo de piedad?

¡Duque.....

Duque.— Dejadme; vuestro ruego
(irrita

Más y más mi furor; el ruego es vano:
No hay piedad para ti.

Sofía.— Pues bien, tirano,

Sacia, sacia tu bárbara crueldad.

Duque.—¡Oh! ya llega tu amante con su
(hermano,

¿No palpita tu seno de ternura?

Sofía.—¿Tienes, destino atroz, más amar-
(gura

Que verter en mi pobre corazón?

¡No puedo más; las fuerzas me abandonan:

Hasta las fuentes de mi amargo llanto

Agotadas están. ¡Dios justo y santo!

¿No escucharás el grito del dolor?

ESCENA IV.

Dichos, HERMAN, CUSTAVO (con cadenas.)
JORGE, GUARDIAS

Her.—Aquí está ¡santo Dios! vuelvo á
(mirarla!

Duque.—Llegad, noble y valiente caba-
(llero:

Digno soldado de la cruz, miradla:

He aquí de vuestro amor el dulce objeto.

Venid, venid, para enjugar el llanto

De este ángel de bondad.... pero, ¿qué es
(esto?

¿Tan frío ahora y tan ardiente antes!.....

¿Se ha apagado tan pronto el dulce fuego
De aquel amor ardiente, inextinguible?...

¿Bajais los ojos y temblais, mancebo?....

¿Un valiente guerrero así se abate?

¿No teneis que decir?

Her.— Que te desprecio.

Duque.—¿Y nada más?

Her.— Que te desprecio, duque:

Que tu ironía y tu ademán soberbio,

Con el que está cargado de prisiones,

Es muy digno de ti. Buen caballero,

Es más diestra tu lengua que tu mano:

Manda, tirano, manda que estos hierros

Me quiten un instante; al campo vamos;

Solos allí los dos, y cuerpo á cuerpo

Nos batiremos, y verás entonces
 Quién tiemb'la de los dos: ¿así tan presto
 Has olvidado, duque, que mi mano
 De la tuya saltar hizo el acero?
 Te perdoné la vida, miserable:
 Eres cobarde, duque, y te desprecio.
 Duque.—A una casualidad debiste el

(triufo,

A una casualidad, ¡viven los cielos!
 Si fueras tú mi igual, si fueras noble,
 Yo lidiara contigo en campo abierto,
 Y allí la fuerza vieras de mi brazo,
 Y el filo allí probaras de mi acero;
 Pero el que entra de noche en mi castillo,
 Su edad, su nombre y condición fingiendo:
 El que intenta robarme así la esposa,
 De la profunda noche en el silencio,
 Debe morir en un cadalso infame,
 No cual mueren los nobles caballeros:
 Sí, morirás, y morirá contigo,
 De tu pasión el criminal objeto.

Her.—¡Criminal! ¡criminal! ¡oh! no la ul-

(trajes,

Duque; tu esposa un ángel es del cielo,
 Es la misma virtud: en este instante
 Solemne para mí, por el Eterno,
 Juro que es inocente, sí, lo juro:
 De mi vida en el último momento
 Lo tornaré á jurar: salva su vida,
 Sávala, duque, sólo yo soy reo:
 Yo, sí, que á arrebatártela venía,
 Porque desde la infancia un juramento
 Nuestras almas ligó: lazo sagrado,
 Que tus riquezas, tu poder inmenso,

Un "sí" arrancando en medio de un delirio,
 Nada bastó á romperle, porque el cielo
 Grabó el amor en nuestras tiernas almas,
 Con caracteres de imborrable fuego.
 Duque.—¡Oh! yo lo borraré! la losa fría
 De tu sepulcro apagará ese incendio;
 Y lo que no ha podido la distancia,
 Ni el deber, ni el transcurso de los tiempos,
 La muerte alcanzará.

Her.— No, de la tumba
 A la región celeste volaremos,
 Y allí de Dios en la presencia augusta,
 De aquel Dios que en nuestra alma está

(leyendo,

De aquel Dios, ante el cual el oro es polvo,
 Y la grandeza de los hombres viento,
 Premio dulce hallará nuestro martirio,
 Y allí por siempre á uniros volveremos.
 Y tú, Sofía, pura como el ángel
 Que gira en torno al trono del Eterno,
 Alza tu frente cándida y sublime;
 No temas el morir.

Sofía.— ¡Ah! no lo temo:
 La muerte es mi consuelo, mi esperanza:
 Sí, morir juntos, mi único deseo;
 Però verte sufrir ¡oh! no es posible,
 Hermán; no tengo para tanto, esfuerzo.
 ¡Duque! ¡Señor! que caiga á un tiempo

(mismo

La cuchilla fatal en nuestros cuellos.
 Duque.—¿No te lo dije ya? soy inflexible.
 Jorge, vuelve á llevar los prisioneros:
 Que arreglen los negocios de su alma:

Un cuarto de hora sólo les concedo:
 Cuando suenen las once en el castillo,
 Cumpla el verdugo su deber.

Jorge.— Entiendo.
 (Sofía corre hacia Hernán: Jorge y los guardias se lo impiden.)

Her.— Adiós, Sofía.
 Sofía.— ¡Hernán! á mí llevadme,
 Arrastradme con él!

Her.— ¡Pesados hierros!
 ¡Ah! si mis brazos estuviesen libres!

Duque.— Separadlos.
 Her.— Confúndante los cielos!
 Vamos, Gustavo.

Gus.— ¡Oh! madre mía!
 ¿Quién te consolará?)
 Jorge.— Vamos.

Her.— Marchemos.
 (Se van).

ESCENA V.

EL DUQUE, SOFÍA.

(Se pasea muy agitada: luego se encara al duque, con la sonrisa de la desesperación.)

Sofía.— ¿Estás contento ya?
 Duque.— (Con calma.)

Lo estaré pronto.
 Sofía.— Yo también lo estaré, porque los
 (cielos)
 Harán que alguna fibra se me rompa

Del corazón en su latir violento:
 Si, pronto moriré; pero tú, duque,
 De tu riqueza y tu esplendor en medio,
 ¿Gozarás de quietud? no; nuestra sombra
 Te seguirá, y en torno de tu lecho
 Nuestros espectros clamarán: “¡Vengan-
 (za!”
 Y al fin nos vengará el remordimiento.

ESCENA VI.

Dichos, UN PAJE.

Paje.— Señor: á vuestro castillo,
 Una miserable anciana
 De llegar acaba ahora,
 Y pide que á vuestras plantas
 Arrojarle permitan.

Duque.— En una ocasión muy mala
 Pide audiencia: despedidla;
 Vuelva otro día, mañana,
 Hoy á nadie escuchar quiero.

Paje.— Es urgente y de importancia
 Lo que tiene que deciros,
 Según se expresa.

Duque.— Por mi alma
 Que es muy necia esa mujer.
 Haced que pase á esta sala.
 (Se va el paje.)

Oigámosla brevemente.
 Paje.— Entrad ya, señora.
 Ida.— Gracias.

ESCENA VII.

SOFIA, EL DUQUE, IDA,

Ida.—Permitid que de rodillas....

Duque.—Levantad, buena mujer.

¿En qué os puedo complacer?

Ida.—Pronto lo sabreis, señor.

Duque.—Sentaos.

Ida.— Así lo haré,

Porque estoy muy fatigada:

Es muy larga la jornada

Que he tenido que hacer hoy.

Duque.—Sed breve, mujer, que tengo

Poco tiempo de escucharos.

Ida.—Procuraré no cansaros:

Ya empiezo mi narración.

A algunas millas de aquí,

Hace tiempo que existía

Una joven, que vivía

En su tranquila mansión.

Sus padres eran honrados,

Pero pobres; su ventura

Se cifraba en la hermosura

De la hija de su amor.

¡Pobre niña! la inocencia

Sobre su frente brillaba,

Y la risa se ostentaba

En su labio encantador.

Era hermosa como el cielo.

Y como el cielo era pura;

Mas ¡ay! por su desventura

Un señor noble la vió.

La vió, y en su seno ardiente

Latió el corazón malvado,

De un amor desenfrenado,

Y hacerla suya juró.

Y con la risa en los labios,

Un amor puro mintiendo,

Poco á poco seduciendo

Fué su noble corazón.

Duque.—¡Pobre niña!

Ida.— ¿No es verdad

Que fué un infame aquel hombre

Que fingió su estado y nombre

Para cubrir su intención?

Y é!a la pobre, inocente,

Alma de cándido niño,

Aquel mentido cariño

Sedujo su corazón.

Timida, sin experiencia,

Sin mundo....;desventurada!

Fué por el noble burlada.

Duque.— (Con agitación.)

¡Dios mío!

Ida.— ¡Horrib!e traición!

No es esto todo; el malvado,

Ya que consiguió su intento,

Huyó, dejando el tormento

En el pecho que rompió:

Huyó, y dejó á la infelice

Con su vergüenza y su luto,

Y en su triste vientre el fruto

De aquel desdichado amor.

(Observándolo.)

¿Temblais, señor?

Duque.— (Con interés.)

Proseguid.

Ida.—La joven desventurada
 Echó al mundo una mirada,
 Y vió vergüenza y dolor:
 En lo pasado, recuerdos
 De virtud y de ventura;
 En lo presente, amargura;
 En el porvenir.... ¡oh Dios!
 ¿Concebís, señor, la suerte
 De esta infelice? gemía,
 Y su nacer maldecía,
 Y del cielo blasfemó.
 Una noche.... ¡noche horrible!
 Las estrellas no brillaban,
 Los huracanes bramaban,
 Todo era espanto y horror!
 La joven en su vergüenza,
 Loca, ciega, delirando,
 Huyó, su casa dejando,
 La casa donde nació;
 Donde sus padres ancianos
 Con su cariño vivían,
 Y otro hijo ¡ay Dios! no tenían
 Que aliviase su dolor!
 Donde dormían tranquilos
 Junto á su hija descansando,
 Tal vez con ella soñando,
 Y ella.... ¡miserable, huyó!...
 Y al despertar los ancianos
 A la infeliz llamarían;

¡Miseros! no encontrarían

Sino el lecho que dejó.

El lecho humilde en que un día

Tranquilo sueño gozaba,

Cuando su alma pura estaba,

Sin crimen su corazón.

¿Lloráis?

Duque.— (Con mucha turbación.)

Seguid, buena anciana,

Seguid esa triste historia.

(Es un sueño... ¡oh! ¡qué memoria!...)

Seguid, anciana, por Dios.

Ida.—La pobre joven en tanto,

Sin recursos, sin abrigo,

Ni un hermano, ni un amigo

En quien hallar compasión:

Sus cabellos en desorden

Errando á merced del viento,

Con el rostro macilento,

Devorado el corazón.

Lejos de su patrio suelo,

De puerta en puerta buscaba

Un pobre pan, que regaba

Con lágrimas de dolor.

En tanto el tiempo pasaba,

Y llegó por fin el día

En que dar á luz debía

La causa de su rubor.

En una triste cabaña,

Sin más testigo que el cielo,

Llorando, en el frío suelo

Un triste niño nació.

Y el angelito de hambre

Junto á la madre gemía.....

¡Ay! la madre no tenía

Leche que darle.....

Duque.— ¡Qué horror!

Ida.—Y sangre en vez de alimento

Mamaba el niño.

(Se levanta el duque muy agitado: luego se vuelve á sentar.)

Duque.— ¡Dios mío!

Ida.—Hasta que en el suelo frío

La triste madre cayó!

Duque.—Esa historia es espantosa,

Anciana.

Ida.— Sí, y verdadera.

Duque.—Proseguid... ¿de qué maner

Decid lo que sucedió.

Ida.—Un hombre, ó más bien, un án

Por allí entonces pasaba:

Oyó al niño que lloraba,

Y en la triste choza entró.

Este hombre, este hombre benéfico

Miró á la madre espirante,

Y al tierno mísero infante,

Y todo lo comprendió.

Este hombre de bondad lleno,

Volvió á la vida la madre,

Y al niño sirvió de padre,

Y con la joven se unió.

Dios bendijo las virtudes

Del amable y buen esposo,

Y otro hijo el cielo piadoso

Benigno le concedió.

Pero Dios escrito había

En el libro del destino,

Que la esposa en su camino

Hallara siempre deler.

Y un funesto, horrible día,

La muerte con mano helada,

A la esposa desdichada

Su bienhechor le robó.

Duque.— ¡Infeliz! ¿sabeis el nombre

Que aquella mujer tenía?

Decídmelo.

Ida.— Todavía

No acabo mi narración.

Esta mujer, esta madre,

Halló en sus hijos consuelo,

¡Ángeles puros del cielo,

Dignos de suerte mejor!

Pero hay seres infelices

Nacidos para el quebranto,

Amasados con el llanto,

Marcados con el dolor.

Esta madre desgraciada,

En lo último de su vida

Recibió una nueva herida,

Herida la más atroz.

Aquel noble, aquel malvado

Que la arrastró hacia un abismo,

El mismo, señor, el mismo,

Sus hijos le arrebató:

Sus hijos, que eran su escudo

¡Sus hijos! ¡mísera anciana!

Ya no los tendrá mañana;

Todo para ella acabó.

Mañana en mísero lecho

Morirá desesperada,

Sin tener la desgraciada
A quien decirle un adiós.
(Echándose á sus pies.)
A vuestras plantas la pido,
Contra el malvado que ha sido
Causa de tanto dolor.

Duque.—Levántate y dime el nombre
De esa mujer, por tu vida.

Ida.— (Con firmeza.)
Su nombre, señor, es..... ¡Ida!

Duque.—¡Ida! ¿y dónde está?

Ida.— Yo soy.

Duque.—¡Cielos!

Ida.— Conoceis la víctima;
Mas no me habeis preguntado
Yo vengo á pedir justicia;
Por el nombre del malvado:
Se llamaba... el duque Othón.

Duque.—¡Calla, calla! ven aquí,
Déjame ver tu semblante.

Sofía.—¡Gran Dios!

Ida.— Yo fui vuestra amante:
¿Me reconocéis, señor?
Difícil es en mi rostro
Que reconozcais á Ida,
Ya rugada, envejecida
Por el tiempo y el dolor.
Pero soy la misma.

Duque.— Sí,
Y aquel niño ¡oh Dios! será....

Ida.—¿Vuestro hijo?

Duque.— Sí, ¿dónde está?

Ida.—En una obscura prisión.
¡Oh fatalidad horrible!

Su mismo padre inhumano
Descarga la cruda mano
Sobre su hijo.

Sofía.— Eterno Dios!

Duque.—(Gritando con la mayor ansie-
siedad.)

¡Jorge! ¡Jorge! ¡padre inicuo!
¡Jorge! ¡Jorge! ¡horrible día!
¿Será tiempo todavía?.....
(¡Jorge!

Jorge.— (Saliendo.)
Mandadme, señor.

Duque.—Vuela, suspéndase al punto
El suplicio.
(Se va Jorge.)

Ida.— ¿Qué he escuchado?
¡Conque á muerte condenado!...

Duque.—¡A muerte, á muerte! ¡qué horror!
Pero es tiempo todavía.
No ha sonado la campana.
(Suena un reloj lejano, las once.)

Todos.—¡Ah!

Ida.— (Cae desmayada.)
¡Gran Dios!.....
(Después de un rato.)
Miséra anciana,
Todo para mí acabó.
(Gran pausa.)

Duque.—¡Silencio! silencio! ¡oid!
¡Ah! si á tiempo habrá llegado
Jorge!... ¡callad! se ha salvado.
Miradle!
(Se oyen pasos á lo lejos, que se van
acercando.)